



Bernardo Monteagudo

# **Discurso preliminar**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Bernardo Monteagudo**

## **Discurso preliminar**

Desde que el arte divino de escribir dando un ser durable a los conocimientos humanos por medio de la imprenta, puso en contacto las luces de todas las naciones, los hombres se acercaron más entre sí, se auxiliaron para deponer sus errores, unieron sus fuerzas para adelantar sus ideas, sus comodidades y sus placeres, perfeccionaron su moral y suavizaron su carácter por la oposición que hallan sus acciones desarregladas en la censura de los demás pueblos. Del juicio de todas las naciones se formó entonces un tribunal temible, el único capaz de contener los excesos en que viven las tribus aisladas, y salvajes, del mismo modo que el hombre puesto en sociedad se modera principalmente por el respeto de la pública fama.

Sin la historia, que es *la escuela común del género humano*, los hombres desnudos de experiencia, y usando sólo de las adquisiciones de la edad en que viven, andarían inciertos de errores en errores. A cada paso retrogradaría la especie a su antigua rudeza y la débil voz de un anciano sofocada por el eco de las pasiones y de la ignorancia, no sería bastante a suplir los saludables consejos que aquella maestra incorruptible nos suministra a cada momento. Igualmente los periódicos, que no son otra cosa que la historia de los tiempos, son un testigo de la verdad, nos conducen a la prudencia e iluminan nuestra conducta. Los periódicos pues se han reputado como el medio más pronto y eficaz de diseminar los conocimientos útiles. Ellos promueven el buen gusto, corrigen las extravagancias, dan publicidad y valor a las invenciones del genio y de las artes, despiertan en la juventud la afición a discurrir, mueven al ciudadano a ejercitarse en materias políticas y literarias y en todos los individuos de la sociedad provocan aquel cambio de ideas que las mejora y acrecienta. En Europa atizan el espíritu nacional, ilustran el juicio público y sirven como de conductores a aquellas luces que esclarecen al Estado, unen a la sociedad y lima sus modales. Allí encuentra el legislador resultados fundados sobre la experiencia: el ministro, noticia y avisos para sus operaciones, mientras los demás ramos buscan su recreo y los medios de instruirse en los diferentes puntos que tocan a sus respectivas profesiones. Ponen un freno a la arrogancia individual, apuntan las gradaciones que corre una nación al perfeccionarse, a menudo la levantan de su estado letárgico y en especialidad estimulan al heroísmo y todas las virtudes patrióticas a premiar el mérito distinguido y en muchas ocasiones se ha considerado como los guardianes más desvelados de los derechos de los pueblos y el mejor punto de reunión entre ellos y sus jefes. Dan, en fin, la ley al buen gusto, excitan una rivalidad laudable entre los talentos y vienen a ser unos registros de todo lo que el individuo ha contribuido en favor de su patria y en obsequio de las artes y de las ciencias. Allí el futuro historiador buscará los materiales para completar el cuadro de aquellos héroes que han aparecido ya sobre su horizonte; las acciones memorables de estos pasarán intactas a la posteridad y sus laureles sin ser marchitados alcanzarán los siglos venideros. En suma, los periódicos han llegado a ser la piedra de toque de la instrucción nacional de un pueblo y al paso que se han perfeccionado por las contribuciones intelectuales de sus literatos, el

extranjero ha juzgado del estado de su sociedad, de su aptitud a todo lo que da realce al género humano y descubre aquellas distancias que lo separan de su primitiva rudeza. Es, con todo, esta clase de literatura, y medio de esparcir noticias y conocimientos útiles, invención de los modernos. Los antiguos griegos y romanos no nos han dejado ningún resto y casi se puede decir que ignoraron este instrumento poderoso de la civilización y este cambio telegráfico de ideas. Por eso es que en aquellos tiempos vemos los conocimientos reducidos a ciertas naciones y aun entre éstas sólo eran el patrimonio de ciertas familias o de cierta clase de individuos. El resto del mundo permanecía casi en enteras tinieblas y sólo participaban los pueblos de los adelantamientos de las ciencias y de las artes de aquellos que las cultivaban, cuando las conquistas o las vicisitudes de los gobiernos los harían herederos de su fortuna. Mas todas las ciudades grandes de la pulida Europa se han lisonjeado de tener talentos literarios que se hayan dedicado a este importante ramo instructivo. Sin embargo, su perfección sólo es del tiempo del famoso Addison. Este ingenio ilustre llevó a un punto tan elevado sus ensayos populares del *Spectator*, que se ha traducido en casi todas las lenguas modernas y ha servido de modelo hasta el día a sus sucesores, quienes se han esmerado en imitar las excelencias de su estilo, tanto como la variedad de sus invenciones y la versatilidad de su genio.

Enseñar (según dice el doctor Johnson en su biografía de Addison) aquellas menudencias decentes y aquellos deberes subalternos del estado social: dar aun la ley al estilo de conversación y al modo de conducirse en la tertulia: corregir aquellas faltas que son más bien ridículas que criminales; en fin, pulir el gusto nacional, abolir la rusticidad, el egoísmo y las preocupaciones fatuas y arrancar de la senda del caminante aquellas espinas y brozas que lastiman e impiden su tránsito, es una de las empresas más loables del entendimiento humano y más acreedora a la aprobación de todo miembro de la sociedad civilizada. Tal era el objeto de Addison, quien se impuso la tarea de mejorar el estado social contribuyendo al inocente recreo y la multiplicación de los conocimientos útiles. ¡Feliz aquel que pueda marchar sobre los pasos de este insigne escritor, promoviendo el adelantamiento de sus conciudadanos!

Guiado por los sentimientos más puros de patriotismo y los deseos de beneficiar en lo posible a su patria, el editor de *El Independiente* se propone como candidato a los sufragios y patrocinio de sus habitantes en una empresa acompañada de mil dificultades, que espera con todo llenar de algún modo.

No ha sido la distancia a que está colocada la América del centro de los conocimientos, la que ha retardado su ilustración, tanto como la falta de buenos periódicos que pusiesen al alcance de sus habitantes todo lo que las naciones de Europa discurrían en las artes y ciencias y perfeccionaban con su industria. A esta falta también se puede atribuir el estado torpe en que se hallaba la España a principios de este siglo y casi se puede decir, ha sido el origen de todos sus males. La miserable Gaceta de Madrid, que igualmente llegaba a las colonias, no era más que un catálogo de las promociones y empleos, ni daba noticias más importantes que las fiestas de gala de la corte: prostituida desde el principio de la alianza a las miras de los franceses, sólo servía de dar incienso a la adulación, pero en nada contribuía a las artes liberales o al ensanche de los conocimientos útiles.

En efecto, ningún político vacilará en atribuir a la privación de estos documentos el despotismo desenfrenado que oprimió a España por época tan larga como lastimosa, hasta que después de haber causado la ruina del crédito nacional y de su existencia política, puso casi todas sus provincias en manos de un enemigo engañoso. La miseria de la nación resaltaba a los ojos del observador menos profundo, sus recursos estaban agotados o

consumidos, el erario exhausto, el Estado realmente disuelto y el pueblo español aún no advertido de tan enormes males, no había podido producir una sola palabra sobre desgracias que tan de cerca le tocaban. La América deberá tomar este ejemplo reciente para prevenir sus infortunios en un tiempo en que trata de ser libre, o mejor diríamos, en que ya es libre porque desea serlo.

¿Con cuánta liberalidad pues deberá mirarse una obra destinada al cultivo de todos los ramos interesantes del estado político y social? Por fortuna la América se halla libre de aquellas facciones que muchas veces desgarran el seno de las naciones de Europa y se ve desprendida de aquellas turbulencias de los gobiernos viejos y corrompidos. Unida en una sola familia y sin relaciones precisas con otras potencias, de que no depende porque no las necesita; un mismo deseo y un solo objeto anima a todos sus miembros y reconocida a todos los esfuerzos que se hagan por su causa, no dejará de mirar con aprecio los trabajos de aquellos individuos que se dedican a su servicio de un modo provechoso.

Aunque sería imposible recapitular todos los objetos de este periódico o poner en un punto de vista los diversos fines que debe abrazar, se espera con todo en esta carta introductoria poder imponer a los curiosos de las miras generales que en él llevan.

En todo país la ciencia de la política es necesaria: ella es la que funda los Estados y de ella depende su prosperidad y su conservación. Jamás será demasiado el trabajo que se tome en cultivar sus principios y la aplicación de estos está complicada con el conocimiento del corazón humano, con los resortes que deben moverse para estimular las virtudes útiles a la patria, con las circunstancias de cada pueblo y con la experiencia de los siglos pasados, que siempre resultará una gran ventaja de ventilar sus cuestiones intrincadas y reunir en este punto las meditaciones de todos los miembros de la sociedad. Nuestro periódico se ocupará principalmente de la política: hablará de las varias formas de gobierno, sus ventajas y sus defectos; presentará al público la historia de las edades pasadas, sus fortunas y sus desgracias, según han entendido más o menos los verdaderos principios de la felicidad de las naciones; pondrá a la vista el cuadro filosófico del estado que ahora tienen los gobiernos de Europa y facilitará a los legisladores del país, tanto con las observaciones del empresario, como con las reflexiones con que espera ser favorecido por los sabios de estas provincias, el penoso destino, a la par que glorioso, de dirigir la suerte de sus conciudadanos. Este ramo abrazará las leyes que se vayan estableciendo, las disposiciones del gobierno y las decisiones judiciales, con todas las noticias dignas de la atención de un político. Aunque libre, nuestra opinión será manifestada siempre con la moderación debida y cuando tengamos que expresar nuestra disconformidad a la conducta pública del magistrado o advertir los vicios de la constitución, nuestro celo por la verdad no será un agente de la rebelión y si los males fuesen delicados usaremos de la finura de Xenophon para criticar los de su patria. Al menos, si nuestras fuerzas no fuesen bastantes para llenar tan interesantes objetos, presentando las observaciones de los antiguos y modernos, habremos animado las pesquisas de los sabios y despertado el espíritu del público.

La agricultura e industria rural se mejorarán con nuevos ensayos y la comunicación de lo que en Europa se ha discurrido sobre ella, ayudará a perfeccionarla. Como ella es la base de la prosperidad nacional y la principal fuente de sus riquezas, tendrá el lugar preferente al comercio y las artes, que no por eso serán excluidas de nuestras inquisiciones.

Dedicaremos una parte de nuestros trabajos a la mejora de la educación, que hasta el día ha sido tan descuidada en estas provincias, como era preciso que lo fuese cuando sólo se les consideraba como a colonias o factorías, y cuando a sus habitantes sólo se les permitía vivir escasamente en la tierra, pero no gloriarse del dulce título de ciudadanos. Como en esta

parte están encargadas las madres de los primeros cuidados, y de ellas reciben los hijos sus primeros rudimentos y aun su carácter, nos aplicaremos a la instrucción de las señoras y no dejaremos de hacer mucho por su recreo, mezclando el placer con la utilidad. Es al mismo tiempo nuestro ánimo tomar al bello sexo en general bajo nuestra protección inmediata: ¡dichosos nosotros si contribuimos al aumento o perfección de las amables cualidades que adornan a esta hermosa parte de la sociedad y contribuye tanto a la felicidad de los hombres!

En todo ello se evitará con el mayor cuidado el escollo en que han naufragado muchos de los periódicos modernos de la Europa, que a menudo han servido más bien para corromper que mejorar a la juventud. En ningún tiempo se verá la religión filosofizada, ni la filosofía sofisticada. Aunque de moda, no se admitirán innovaciones peligrosas. La verdad no se hará consistir en la infidelidad; sin prostituir nuestro carácter, haremos una verdadera distinción de la virtud y el vicio: en fin, la moralidad, la instrucción y los medios inocentes de recreo serán los fundamentos principales en que debe estribar nuestra empresa.

Con respecto a las varias e importantísimas cuestiones que el país ofrece en este preciso momento, el editor se propone usar al agitarlas de aquella calma y moderación que son debidas a los asuntos serios como único medio de buscar el convencimiento. Para defender con calor la verdad, ¿qué necesidad hay de insultar a los que la persiguen? Mas sin permitir que sus páginas se resientan sátira, ni participen del rigorismo del intratable moralista, fijará el tenor de sus números sobre un eje de una dirección inmutable; guardará a distancias polares las denominaciones de bien y de mal y no temerá incurrir en la tacha de sacrificar sus columnas a la lisonja o de sostener el vicio cubriéndolo con apelaciones blandas o defendiéndolo con doctrinas seductoras. Los sistemas más puros serán los seguidos; aquellos que han resistido al tiempo, y a los choques del presente siglo y que han merecido la aprobación de los sabios de todas las naciones. En particular se tendrá el mayor cuidado en no ofender la religión del país, ni a sus ministros: los mismos motivos lo harán respetuoso y siempre justo hacia todos los miembros del Estado y sus jefes jamás tendrán ocasión de queja.

Por mucha que sea la seguridad que debe darle la rectitud de sus intenciones y la utilidad de la obra propuesta, el editor cree oportuno que nunca se habría animado a emprenderla sin la feliz revolución que ha cambiado la faz de este continente y ha producido la libertad civil junto con la del entendimiento humano. El ama bastante su existencia para haberla expuesto en otro caso a los crueles golpes de un despotismo irritado y no tendría la arrogancia imprudente de desafiar la cólera del poder arbitrario desde su retiro privado, único asilo de la libertad en tiempos turbulentos. Aunque se propone no pasar jamás de los justos límites que ésta prescribe; aunque sabe muy bien la senda que ella permite correr sin dañar los derechos de la corporación o el individuo y lo ha visto prácticamente en el único estado libre que ahora existe en la Europa, no olvidará jamás lo que a ella se le debe cuando se trata de presentar al público los hechos que no debe ignorar y no faltará al derecho que éste tiene de imponerse de sus opiniones. Esto es lo que los lectores del presente papel deberán esperar. Por lo demás su duración será igual a la que tenga en nuestra patria la libertad de escribir y en el momento en que empiece la opresión del discurso, el periódico dejará de existir, consecuente siempre a su título.

Nos proponemos tratar de todo en un estilo simple y abreviado. Aunque introduciremos en un vestido español todo lo que podamos congrega de las diferentes naciones de Europa, siendo nuevo en la invención y apreciable por su mérito, evitaremos con todo, como llevamos dicho, cualquiera innovación peligrosa y en particular nos desviaremos de los

sistemas de ética que se hallan de moda en Europa. Atenderemos más a la subsistencia de la materia tratada que a su estilo; no buscaremos sentencias brillantes, ni términos pomposos, ni cansaremos a nuestros lectores con citas eruditas, pero por lo regular apenas entendidas: nuestro deseo es ser comprendidos más bien que admirados: preferimos la materia a la forma, las elegancias de la simplicidad a los muchos bordados; en fin, imitando los mejores modelos de la lengua castellana y el estilo de los extranjeros, esperamos manifestar la estructura de nuestro idioma y purificar un tanto el estilo presente de escribir.

Por último, el papel comprenderá las noticias locales dignas de atención y abrazará no sólo los hechos históricos o políticos, sino también los geográficos, estadísticos, etc., esperando ya contribuir al conocimiento de un continente tan variado como ignorado y a que se aprovechen muchas producciones que hasta hoy quedan sin valor. Las noticias de Europa tendrán también su parte en él y con ellas daremos las de los Estados Unidos, Méjico, Caracas y los Estados de la India.

Para promover el gusto de las bellas letras y dar pábulo a la imaginación, el papel tendrá siempre reservado un rincón a las poesías nuevas y escogidas; y después de cumplir con sus obligaciones principales, dispondrá algo para el recreo de los lectores generales, como alguna pieza biográfica de los contemporáneos ilustres, algún retazo de la historia antigua o moderna o algún papel al estilo de la *Pensadora Gaditana*.

Según queda dicho en cabeza de este prospecto, se publicará el periódico todos los martes de cada semana y se compondrá de pliego y medio. En su expendio se seguirá la forma que hasta aquí se ha observado con las demás Gacetas. Cada número costará real y medio, pero los suscritores sólo pagarán a razón de cuatro reales al mes, pudiendo anticipar o no, según gusten, el precio de la suscripción, que queda a su arbitrio fijarla para el término de seis meses o un año. Los avisos como cosa efímera se pondrán al fin de cada número y su precio será el de costumbre según las líneas que comprendan.

Acaso podrá considerarse desmedida esta obra, en la opinión de algunos con concepto a las fuerzas del que la emprende. Otras personas a quienes un miserable encogimiento o un criminal desvío hace mirar con desconfianza todo trabajo público, la reputará temeraria. En cuanto a los primeros, el editor debe satisfacer sus reparos haciéndoles reflexionar que no es tan ardua la empresa como podría imaginarse y que un periodista no está obligado a observar la exactitud y profundidad de un estadista, ni las elegancias de Tácito. El cuenta e implora desde luego la concurrencia de los ilustrados del país y espera de su patriotismo que aprovecharán esta oportunidad de trasmitir al público sus opiniones, excusando que sus ideas se evaporen sin provecho alguno en lo oscuro de sus retiros, o mal interpretadas sirvan de asunto de murmuración y de escándalo en la tertulia. En cuanto a los segundos, ellos no ignoran que el mayor riesgo es el de caer en las cadenas que los enemigos del país nos preparan. Mientras esté armado el brazo de la tiranía española, la verdadera seguridad sólo existe en los (Prospecto de *EL Independiente*, 1815.) peligros que arrostremos para estorbar la esclavitud de la patria.

(Prospecto de *EL Independiente*, 1815.)

\*\*\*

Al empezar el sexto año de nuestra feliz revolución, ¿qué materia podríamos encontrar más digna de atención, en nuestro primer número, que el examen del estado en que se hallan los negocios del país? Contra las esperanzas de los enemigos de la libertad americana todavía

respiramos un aire saludable. ¿Qué deberemos temer de la tenacidad con que permanecen ligados para procurar nuestra ruina? El examen de este punto es el objeto de las consideraciones siguientes.

Pocos creyeron que la lucha contra los opresores de este suelo pudiese prolongarse hasta este momento. Así como los opositores de la reforma se lisonjaban temerariamente de poder sofocarla en su cuna, los reformadores se persuadían en los principios que el grito de la libertad esparcido por la primera vez en un país trescientos años oprimido por la tiranía más horrenda, se extendería de suyo de un extremo al otro del reino sin encontrar dificultad alguna. A la verdad, si pensamos los fundamentos en que estribaba esta persuasión halagüeña, la encontraremos muy racional y conforme a todos los principios del cálculo. El gobierno español en América cargado con la execración del pueblo por sus vicios, por su parcialidad y por su indolencia, vacilaba en sus mismos cimientos: algunos viejos gobernadores a quienes el hábito de la corrupción les había hecho perder hasta las apariencias del pudor y de la decencia: un puñado de soldados indisciplinados e imbéciles: jueces ignorantes; una administración llena de dilapidaciones e injusticias; los agentes miserables de los monopolistas de Cádiz: he aquí los brazos que iban a oponerse a los conatos de las Provincias por mejorar su suerte. De un lado Lima sepultada en el letargo más profundo, afeminada por sus vicios y bajo la tutela de un virrey caduco, asomaba algún género de contradicción a la libertad de estos pueblos. Por otro, la plaza de Montevideo obtemperando vergonzosamente a las sugerencias de algunos europeos sin juicio, rompía la unión general, vanagloriándose de poder frustrar nuestra empresa.

La fortuna, que algunas veces se complace en adelantar los nobles esfuerzos, ayudó admirablemente los trabajos de aquellos hombres que se encargaron de los negocios públicos en los primeros momentos de nuestras oscilaciones populares. En medio de la incertidumbre de los sucesos y de la inexperiencia; entre la confusión de las pretensiones y las esperanzas; cuando se contaba más bien con la debilidad del enemigo que con los recursos de atacarlo: cuando, casi se puede decir, la denominación de la *voz patria* no tenía todavía un sentido fijo: cuando se calculaba antes sobre la sorpresa que sobre la victoria; cuando la indiferencia se consideraba por una virtud y la inacción por amistad; invocando indistintamente el nombre del monarca y los derechos de los pueblos; y trabajando a un tiempo en destruir los grandes abusos internos y en levantar el crédito del gobierno en los puntos de afuera, la Junta primitiva supo extender su influencia por todas partes, cubrió a sus enemigos de espanto, desconcertó las maquinaciones interiores, vio vencer a sus tropas y se hizo respetar hasta de sus mismos contrarios por medio de providencias decisivas y enérgicas.

Con estos felices auspicios parece que la obra de la libertad de estos pueblos debía haberse completado dentro de un breve término. ¡Pero cuán diferente fue el cuadro que presentaron nuestras operaciones desde que los hombres deponiendo aquel género de contracción que habían adquirido durante los primeros riesgos empezaron a abandonarse a sí mismos! Los ambiciosos, siempre prontos a gozar del sudor ajeno, desplegaron sus inicuos proyectos y con la ocupación de Potosí, que nuestras divisiones internas iban a arrebatarnos en muy pocos instantes, dieron curso a todas sus pasiones. Desde entonces la unidad de acción, la fraternidad, la prudencia abandonó nuestros consejos y los proyectos públicos cayeron en la parálisis más funesta y en la incertidumbre más miserable.

Sería un ejemplo de moderación singular en historia de las naciones y mucho menos de esperar de los españoles, si cualquiera que fuese la justicia de las pretensiones del país, no las contradijesen con la fuerza. Tal ha sido siempre la conducta de todos los gobiernos

tiránicos o libres que han dominado países diversos. Pero la abominación en que había caído la autoridad española en América, la insuficiencia de sus fuerzas para reprimir las combinaciones que debieron preceder a la declaración de los patriotas, no daban lugar a recelar otros obstáculos que aquellos que naturalmente suscitaría la Península para conservar su antigua presa. Por consiguiente la guerra de Lima, caso que repugnase admitir unos movimientos que ella misma estaba obligada a hacer por interés y por conveniencia, no podía causar muchos recelos, porque bajo todo aspecto de política sus jefes se veían en la necesidad de ceñirse a preservar su territorio; porque haciendo activamente la guerra sobre nuestras provincias, exponían la cuestión al éxito siempre incierto de una batalla; porque la debilidad de sus tropas afeminadas por el largo reposo en que han yacido aquellos pueblos, prometían muy poco contraste al ardimiento de nuestros soldados, ensayados antes con suceso a la prueba del valor británico. De aquí se infiere que lo único capaz de alarmarnos era el partido que acababa de tomar en favor de los intereses peninsulares la plaza de Montevideo, esa ciudad que con el título de reconquistadora tenía derecho, fiada en sus formidables murallas y en su prepotencia marítima, de reputarse el baluarte de la dominación española en esta parte de la América -enemigo tanto más temible cuanto que abriendo los brazos al encono metropolitano servía de asilo a los refuerzos que enviaría la península, para sujetar nuestros pueblos.

En medio de las ondulaciones que ha padecido la política de los varios gobiernos que han manejado las provincias desde la reforma, penetrados los calculadores de los inmensos peligros que amenazaba a la causa del país la hostilidad de Montevideo, se decidieron a vencerla por todos los sacrificios. Mil obstáculos había suscitado para esta línea de conducta la fatal inconstancia de principios en que hemos visto vacilar los consejos de nuestros estadistas. Al fin la presente administración, cuyos jefes se han formado en la mayor parte por las ideas del genio que dirigía la primera Junta, aplicaron todos sus desvelos a derribar al coloso y venciendo mil dificultades que se oponían al logro de esta empresa, creando de pronto una marina de que no había hasta entonces principio alguno, consiguieran destruir para siempre las esperanzas de la Metrópoli. Es excusado repetir la importancia de esta incomparable conquista para la solidez del nuevo sistema. Baste recordar que siendo Montevideo el único punto en que la Metrópoli nos ha sostenido la guerra, por los considerables refuerzos de tropas, municiones y armamentos que despachó a ella desde que se consideró ofendida, rindiendo la plaza hemos vencido también la Metrópoli. No hay ya que temer a esos soldados peninsulares despachados a renovar en nuestros días los horrores de los Pizarros y que para maestra del valor español hacían alarde de batallas que no habían ganado, titulándose pomposamente vencedores de los vencedores de Austerlitz.

Después de tan señalado evento, ningún otro enemigo nos queda que vencer que el de Lima. El carácter de esta guerra es secundario como llevamos insinuado y después de humillada Montevideo no debe darnos muchos recelos, en circunstancias en que la indiscreta internación que Pezuela había ejecutado contando con los ataques de la Península por medio de Montevideo, pone de nuestro lado la ventaja.

¿Que no seamos tan dichosos que registrando el horizonte de nuestros pueblos, lo viésemos ya despejado de los nublados que trae siempre consigo la guerra? Este es el clamor de cierto género de personas que a nuestro juicio se lamentan así no por principios de humanidad ni de filantropía, sino desconfianza. La guerra es un mal bajo todos los aspectos, pero cuando un pueblo la sostiene en defensa de su honor y sus derechos, cuando se usa las armas para repeler, como en nuestra agresión más horrenda, para sostener la



patria, para defender nuestras vidas, para adquirir, en fin, con nuestros esfuerzos la felicidad de las generaciones que han de sucedernos. La guerra es el estado natural de un pueblo que ame su existencia. Antes que llorar las desgracias consiguientes a ella, esos pretendidos amantes de la paz podían emplearse en todos aquellos medios conducentes a escarmentar a nuestros contrarios y ya que su persuasión o sus deseos no alcancen a reportar de su tenacidad el que desistan de injuriarnos, aplíquense por afecto a la humanidad a fortificar el espíritu de las víctimas que la tiranía española ha destinado al exterminio.

No cabe duda en que la inconstancia en las verdaderas máximas revolucionarias es una de las causas poderosas de la fluctuación a que por épocas se ve sujeto el espíritu público y que esta incertidumbre influye sustancialmente en los progresos de la actual causa. ¿No estamos en una guerra verdadera y lo que es peor revolucionaria, con los españoles? ¿No minan estos la opinión pública? ¿No hostilizan por todos los medios nuestro sistema? ¿No siembran la desconfianza y los temores, no seducen las familias, corrompen los incautos y nos amenazan hasta con sus semblantes? ¿Pues por qué se nos predica moderación con estos crueles asesinos? ¡Odio eterno a esta raza impía! debe ser nuestra invariable máxima. Así como honremos y distingamos a aquellos pocos de entre ellos que nos ayudan en la santa empresa de libertar el suelo patrio, es necesario, es justo, perseguir y aniquilar a los protervos que aun no han perdido la esperanza de consumir nuestras desgracias. Este resorte será el único capaz de reunir los esfuerzos de los patriotas. Por esta regla se guían todas las naciones cuando tienen que exigir del pueblo grandes sacrificios con el objeto de hacer frente a un enemigo que se opone a su felicidad o a sus proyectos. Si la Inglaterra en su última contienda con Francia hubiese dicho que los franceses eran un pueblo humano, generoso y amable y que las fuerzas y genio del emperador Napoleón eran extraordinarias; si hubiese dicho que sus conquistas se dirigían únicamente a asegurar la paz del continente; si en fin no lo hubiese pintado como aun feroz tirano que lleno de ambición quería absorberse la libertad del mundo, ¿habría podido sostener por tantas años esa lucha que acaba de terminar con tanta gloria? Los ministros ingleses que saben muy bien usar de los medios conducentes al logro de su política expedían un manifiesto contra la Francia la víspera de pedir al comercio un empréstito de cuatro o seis millones para cubrir los gastos de la guerra y jamás dejaron de llenarse sus cofres. Nunca será preciso entre nosotros imputar a nuestros enemigos exceso alguno que no hayan cometido. Aunque agotásemos el diccionario de los horrores y delitos siempre hallaríamos un vacío al explicar las atrocidades de nuestros contrarios. Pero es preciso recordarlas constantemente al pueblo para que la disputa actual no degenera en una guerra de mero capricho. Si los españoles quieren fraternidad demuéstrenlo deponiendo las armas a que corrieron, sin precedente provocación, jurando nuestra pérdida. Estos pérfidos no cesan de procurar la ruina de los pueblos y aun aquellos que mantenemos dentro de nuestro mismo seno tienen todavía oculto el puñal con que nos piensan atravesar pecho. ¿Qué vendría a ser esa inútil moderación sino una funesta confianza? Ello es indudable que sin este espíritu de irritación, tan justo y racional por nuestra parte, la guerra que aun nos resta se hará sin vigor y los sacrificios que son precisos para concluir la serán violentos.

Por lo demás, al echar una mirada general sobre la marcha de estas provincias al logro de su felicidad permanente, la sola duración de la guerra debe considerarse como un motivo de desaliento. Veamos la historia de cuantos pueblos han peleado por su libertad y encontraremos que una lucha mucho más dilatada contra sus antiguos tiranos no ha sido bastante para malograr sus esfuerzos. Los suizos que hasta el día son libres y con una

población menor que la nuestra, pelearon contra el poder de Austria; a Holanda insultando a Felipe II, el Portugal separándose de la España en tiempo Felipe IV y que defendiendo al duque de Braganza por el espacio de 17 años mantuvo la contienda todavía hasta la muerte de don Juan y después de la abdicación de don Alfonso tuvo la satisfacción de que la Corte de Madrid le pidiese la paz reconociéndolo independiente; por último Estados Unidos sublevados contra la Gran Bretaña, han tenido que combatir por muchos más años y a la verdad con potencias mucho más fuertes que lo que es España en el día, ni llegará a ser en un siglo.

¿Qué es pues, lo que deberemos temer? A nadie sino a nosotros mismos. Es esta una verdad de que casi no hay persona alguna que no esté penetrada. Los imparciales nos la gritan, los enemigos fundan en ella su bárbara esperanza y nuestros pechos la sienten sin decidarnos por eso a abrazar los medios que la razón y la experiencia nos dictan para falsificarla. ¡Oh, americanos! En vano venceréis a vuestros contrarios; inútilmente el laurel ceñirá vuestras sienes, si os falta firmeza para refrenar vuestras pasiones.

Se habla frecuentemente de generosidad y mientras sólo se emplea esta virtud con los enemigos que no han de apreciarla, convirtiéndola en instrumento de sus maquinaciones para dislocar con impunidad el Estado, no la queremos usar con la patria. Para merecer el ser tenidos por patriotas (como lo dice un republicano ilustrado) es preciso ser generosos; porque aquellos que en la causa pública obran por espíritu privado, aunque hagan grandes cosas, serán reprehensibles tan responsables como Aquiles que por su riña con Agamenón dejó de trabajar en beneficio de su patria. Este es el único sentido honroso que tiene esta voz especiosa sin declinar en debilidad o en defecto. Se repite a menudo que esta es la virtud de las grandes almas, sin reparar que cuando lejos de tener objeto racional tiene el escollo de insolentar a los que no pueden ser ganados con ella, la generosidad es el vicio peculiar de los débiles y la máscara con que pretenden ordinariamente cubrir su pusilanimidad y ponerse al abrigo de las resultas de medidas fuertes y eficaces. Por eso es que la prosperidad no admiraría a Enrique IV por su facilidad en perdonar las ofensas que le habían hecho, antes bien lo tendría por insensato si hubiese combatido enemigos como los nuestros.

Pero mil causas se combinan para hacer incierta la esperanza de cuantos hombres se complacen en la regeneración de estos pueblos. La causa más justa que jamás ha sostenido pueblo alguno viene a eclipsarse por los desaciertos de los mismos que están empeñados en ella. ¡Ojalá el profundo dolor en que nuestros errores han puesto a los hombres sensatos, en los momentos en que los triunfos más completos esclarecen ya nuestro horizonte, no tuviese otro fundamento que un celo demasiado! ¡Ojalá los rastros de la intriga, del egoísmo, de la insubordinación militar, de la ignorancia de los deberes respectivos, no afease las páginas de la historia de estos ilustres días!

De ningún modo el autor de estas reflexiones es de la opinión de ocultar los terribles males que padece la patria, abandonando su curación al tiempo: más antes cree, siguiendo el parecer de los mejores estadistas, que el disimulo no engendra jamás sino una funesta confianza que hace irremediables las desgracias públicas. Con todo, mientras deja a patriotas más hábiles la tarea de discutir prontamente los remedios que deben aplicarse a males tan enormes, se ceñirá a hacer una pequeña observación sobre dos puntos que considera de suma importancia.

El primero es la necesidad de corregir la desenfrenada licencia que va introduciéndose en todas las clases del Estado y la mordacidad con que se ataca a las personas públicas. Semejante epidemia es una de las señales más precisas de la falta del espíritu nacional de

un pueblo y en nuestra casa proviene también de la malignidad de los enemigos del sistema y la debilidad de los patriotas. Así es que los caracteres más elevados de la revolución son víctimas frecuentemente de la maledicencia: los servicios más señalados vienen a ser oscurecidos y las maldades más notables se cambian sin saber cómo en heroísmo. Muy pocos días son bastante para que el hecho más inequívoco se convierta en problema. De esta manera la patria pierde unas veces sus buenos servidores y otras coloca en la clase de sus mejores hijos a aquellos mismos que la han ofendido. No habrá ninguno que no sienta los funestos efectos de esa facilidad criminal con que se prestan los incautos a las sugerencias de los malvados; pero para no dar lugar a ella es necesario castigar con firmeza los ultrajes contra la causa, sea cual fuese la clase a que pertenezcan los delitos, haciéndolo bajo ciertos principios que nos debíamos haber formado ya; y éste es uno de aquellos casos en que la generosidad mal entendida alimenta el desorden y el vicio. Esta es también la explicación del fenómeno que presentan algunos individuos que han usurpado la confianza del pueblo después de haberle sostenido la guerra en cuanto ha estado a sus alcances, para continuar sordamente la hostilidad que no pudieron finalizar entre las filas de nuestros contrarios.

El segundo punto es el grande interés que todos tienen en aniquilar las facciones. El republicano antes citado, nota muy bien que el espíritu de facción que reinaba en Cartago impidió enviar a Aníbal los refuerzos de que necesitaba para acabar con Roma y que las intrigas y pasiones de Hanno pudieron más en la materia que los intereses de la patria, viniendo, en fin, esta falta de espíritu público a causar la ruina de Cartago. El mismo conviene en que la facción es el enemigo irreconciliable de la libertad y que aunque a los golpes que le demos consigamos postrar a este enemigo al suelo, él se levantará como Anteo, incansable, invulnerable e inmortal. Todo lo que podemos conseguir es que este enemigo no llegue a ser, en fin, el asesino de la libertad, al menos en nuestro tiempo. Los que nos sucedan deben tener igual cuidado que nosotros. ¿Podremos ser indiferentes a esas lecciones?

Por conclusión nos vemos obligados a alarmar justamente a nuestros lectores con respecto a los implacables enemigos de la felicidad americana. Los españoles europeos son el origen de los males que padecemos aun mucho más de lo que se imagina. Pero ¿qué parte tienen estos, nos replicará alguno, en nuestros errores, en nuestro egoísmo, en nuestra desunión y últimamente en nuestra falta de constancia? La respuesta no es embarazosa para todo aquel que sepa el modo con que se ha conducido la reforma. La manía de conciliación por una parte nos ha hecho perder mucho terreno y por otra el ridículo empeño de imitar más bien a las Cortes de los Estados antiguos, que a los gobiernos de aquellos países que han peleado contra sus tiranos. Es claro, que siendo los españoles europeos poseedores de las riquezas y los verdaderos amos del país al empezar nuestras convulsiones políticas, tenían por consiguiente una influencia decidida sobre la opinión pública y que esta temible influencia debe subsistir si al menos por medios indirectos no hemos segado las fuentes de que dimanaba. Yo no aconsejaré por eso el derramamiento de sangre, ni el trastorno de las fortunas por sistema. Mas al ver que muchos de los que pasan por patriotas frecuentan todavía las casas de los que meditan la ruina del presente sistema; al ver que huyendo de estrechase con sus hermanos cortejan muchos la amistad de los asesinos del pueblo, mi corazón se estremece con la terrible idea de que aun no hemos podido ponernos a la distancia en que deberíamos estar del punto de que partimos al declarar que queríamos ser libres.

Dejo el asunto con una observación ligera. Considerando nuestro estado presente los

buenos ciudadanos se lamentan de la falta de aquel genio ilustre que dirigió los pasos de la primera junta y cuyos extraordinarios esfuerzos hemos llegado al camino en que ahora nos hallamos. Yo me permitiré el confesar el gran vacío en que la privación de sus talentos revolucionarios nos han puesto y que su muerte será para mí una eterna desgracia. Mas haciendo el debido honor a la administración presente, creo que los males actuales, según he tratado de probar, provienen de nosotros mismos; y de la pérdida de aquel patriota lamentado diré lo que Cicerón de la muerte del elocuente Crasso: *Fuit hoc luctuosum sois, acerbum Patriæ, grave bonis omnibus: sed ütamen rempublican casus secuti sunt, ut mihi non erepta L. Crasso a diis immortalibus vita, sed donata mors esse videatur. Non vidit flagrantem bello Italiam non ardentem invidia Senatum, non sceleris nefarii principes civitatis reos, non luctum filiarum... non denique in omni genere deformatam eam civitatem, in quae ipse florentissima multum omnibus gloria præstitisset. Este suceso consternó a los suyos, fue acerbo a la patria y llenó de pesar a todos los buenos; pero tales cosas han seguido, que a mi entender los dioses inmortales no quitaron la vida a L. Crasso sino que le concedieron la muerte. No vio consumirse en guerra a la Italia, arder al Senado en partidos, cometer maldades enormes a los principales ciudadanos, cubrirse de luto las hijas... no vio últimamente manchada en todo género aquella ciudad en que él mismo sobrepasó a todos en gloria.*

(*El Independiente*, enero 10 y 17 de 1815.)

\*\*\*

Los patriotas han tenido un motivo de satisfacción al contemplar la previsión con que el nuevo gobierno ha adoptado entre sus primeras medidas la muy importante de desarmar a nuestros enemigos, minorándoles ese ejército doméstico con que sin duda contarían para el caso de ataque. Mucha injuria sería al buen juicio de los amantes de la libertad el suponer que la leva de esclavos levantada recientemente entre los españoles europeos les ha sido tan sólo agradable porque cede en perjuicio de éstos.

La complacencia con que el pueblo recibe esta clase de disposiciones proviene únicamente de la conveniencia que todos perciben en ellas a favor de la causa. Este es el barómetro por el cual puede pronosticarse la popularidad de cualquier decreto. El pueblo sabe que los españoles europeos son sus verdaderos enemigos y no podía dejar de mirar con sobresalto una multitud de brazos aptos para la guerra continuar sujetos a la dirección, a la seducción y al encono de los agentes de la España. Por no haber querido tocar en Caracas las propiedades de sus enemigos domésticos perdieron al fin las suyas junto con la patria; y el gobierno que tiene a su cargo el velar sobre la salud del pueblo, no cumpliría con sus deberes si por respetar tales derechos, que por inviolables que se supongan deben siempre considerarse subordinados al interés de la causa común, permitiese la ruina de la gran obra que ha levantado nuestra sangre. Persuádanse, pues, nuestros contrarios que no habrá cosa que no se use para estorbar la esclavitud de estas provincias, y que sólo sobre el sepulcro de nuestros enemigos internos es que podrá alcanzar a herirnos la espada del soldado metropolitano.

Se exclama que de este modo arruinamos las fortunas privadas y que procedemos con violencia. ¿Pero qué mucho es que reviva esta injusta censura cuando todavía resuena el eco impuro de los que criticaban en el año de 1812 las ocupaciones que se hicieron de las propiedades de ultramar? Las sumas que se exigieron entonces de los comerciantes

españoles residentes en estas provincias fueron las que pertenecían a los de Cádiz, Lima y Montevideo, que eran los puntos de donde se nos hacía la guerra. Nada se les pidió que fuese suyo, nada que estuviesen autorizados a retener. Lo que entonces hizo el gobierno fue decirles: esos caudales que retenéis, vengan a mis manos; sus dueños han perdido el derecho que a ellos tenían haciéndome la guerra; podía desde luego apropiármelos, pero usando de generosidad no quiero aplicarlos al patrimonio del Estado; me contento con que no estén a la disposición de los mismos que arman expediciones para invadir mi territorio: el uso sólo de este fatal dinero es lo que pretendo. ¿Hay algo en esto que pueda parecer injusto? Yo pregunto: ¿si un apoderado de los comerciantes de Cádiz se hubiese presentado al gobierno del país solicitando que compeliere a sus agentes en estas provincias a entregar los productos de sus negociaciones, que retenían en su poder desde la invasión de los ingleses y sucesivas convulsiones de la Península, debía creerse obligado el gobierno a obtemperar a sus reclamos? ¿Sería injusto que el gobierno mandase a esos infieles agentes exhibir lo que conservan ajeno y los compeliere por todos los medios que las leyes indican al efecto? Pues por qué se quejan de que el gobierno, constituido por la guerra heredero de las acciones del enemigo, cobre lo que él mismo estaría en otro caso obligado a hacer pagar a un comisionado privado? Entre nosotros que tanto nos picamos de imitar a las naciones cultas, no puede disputarse la legalidad, no digo de la ocupación de los dichos caudales, pero ni tampoco del derecho inconcuso que el gobierno del país tenía de aplicarlos al fisco; y si hay alguno que no se satisfaga con el ejemplo que la España nos ha dado repetidas veces y en cuantas guerras ha sostenido con otras naciones; si ignorante de lo sancionado por el derecho de la guerra quisiese modelos más elevados para fijar en el particular su opinión, examine lo que la Inglaterra acaba de practicar al empezar la guerra actual con los Estados Unidos, y verá que los comerciantes ingleses han sido obligados a manifestar cuanto estaba en sus manos perteneciente a los súbditos americanos; operación que sin duda no se ha adoptado por el Ministerio Británico para remitir bajo convoy las sumas que se recogiesen a los ciudadanos del Estado enemigo. Y en cuanto al modo que se observó en la ejecución de aquella providencia, los comerciantes españoles que son el abismo de la mala fe y del engaño, ¿podrán quejarse de violencia? ¿Cómo merecían ser tratados unos monopolistas que tuvieron la impudencia de excusarse con que no tenían libros o de presentarlos desfoliados? Por este solo hecho, decaídos de aquella consideración y honor que tan justamente es debido a los verdaderos comerciantes, se expusieron a ser tratados como defraudadores públicos y desmerecieron aquella misma lenidad con que no obstante fueron tratados y al favor de la cual conservan hasta el día inmensas cantidades que no ha sido dable descubrir.

Acaso otros efugios tan degradantes como aquellos les habrán servido para ocultar los esclavos que han debido entregar en cumplimiento de lo últimamente mandado. Por el estado de la población de esta ciudad que se formó en el año 1810, resulta que el número de negros meramente en el recinto de ella era de 6955 varones, 5512 mujeres, 1473 niños, 1167 niñas. En este padrón no se comprendían doce cuarteles más que después se han formado y son los respectivos a los arrabales y quintas.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

